

Corquillas

30
céntimos.



¡TIENE RAZÓN!, por Demetrio

—¿Qué les parece a ustedes lo que ha hecho conmigo el dibujante? No me atrevo a ponerme de pie porque no sé si esta pierna es la izquierda o la derecha.

Biblioteca Regional de Madrid

Demetrio

R.4918

COSQUILLAS

REVISTA COMICO SATIRICA

Aparece los sábados

Administración:

CENTRAL DE PUBLICACIONES Y EDICIONES, S. A.

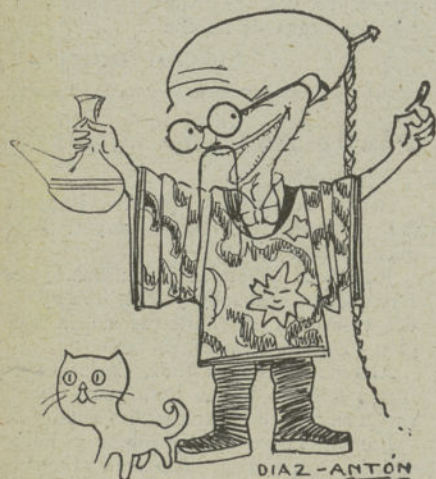
Paseo del Dr. Esquerdo, 6. Tel. 53.355

Toda la correspondencia al Ap.º 9.035

Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ

Año II Madrid, 12 de Marzo de 1927 Núm. 24



Charlas

por el

“Chino desconocido,,

EL MATRIMONIO EN LA PELÍCULA.

La libre y antialcohólica América, nos pone de manifiesto, por medio de sus novelas cortas, en película, la paradisíaca libertad que en el país del dólar disfruta la mujer, antes y después de engancharla a la chirriante carreta del matrimonio.

En Norteamérica, como en los pisos segundos de Madrid, cuando una señora sale clueca, no la sujeta ni la Junta de represión de la pornografía. A través y por la enseñanza de las películas he podido comprobar que en todas partes las hay raposas y los hay mogones.

Pero las desaveniencias conyugales, en América, son de lo más contrapuesto y dispar con nuestra manera de ser.

Repito que en todos los países surge la mujer que con motivo o sin él coloca a su marido bajo el signo de tauro; pero no me importa que me llaméis pelmazo si repito que en América es el único país en donde el marido desgraciado muge mejor.

Ustedes saben que tengo razón en lo que voy diciendo.

Yo he visto una película en la que la mujer de un empleado de Banco coquetea con un amigo del marido. El marido los sorprende en sucesivas escenas, paseando cogidos del brazo a la sombra de la luna; sentados en la misma silla; arreglando la casquivana el lazo de la corbata del amigo seductor; mostrándole ella (claro que de espaldas al público, pero frente a un espejo que ayuda al espectador), un lunar en forma de lagarto, que tiene.

A todo esto el marido aprieta los puños, aletea las fosas nasales y... tose para que se aperciban de su presencia los culpables, los cuales, con una gran naturalidad y la sonrisa en los labios, adoptan una actitud correcta.

En una de las escenas vemos que regresa de la oficina el marido, que no encuentra en la casa a su mujer, la cual, le ha dejado una carta en la que le dice que se ha ido a cenar con su amigo y que después de la cena no sabe a que teatro irán. El atribulado marido escarba un poco en la alfombra y se desploma, llorando sobre un sofá

Tripito, que en todas las latitudes se produce, la señora caliginosa y atolondrada, que algunos denominan pulpo, y,

por tanto, y como consecuencia el marido desgraciado o fuerza motriz de carreta; pero tal como nos presentan el caso en algunas películas norteamericanas, no conocía yo ninguno.

Este número ha sido revisado por la censura.



Si una mujer te rechaza con voz queda y disimulando el gesto, para que nadie pueda notar de qué se trata, cítala inmediatamente para las seis de la tarde, que es la hora en que no se pueden aguantar a sí mismas de nerviositas que están.

Si tu criada es guapa y bien formada, no repares en la diferencia de clase. Sobre todo, si tienes en cuenta que hay cosas en este mundo que son idénticas en la pistoncada duquesa y en la sencilla lugareña.





COMENTARIOS DE UN DEMENTE

Ni contigo ni sin ti

Rara es la semana que no tengo que ocuparme—*malgré moi!*—, de algún ilustre médico, en relación con trances amorosos. Hoy le toca el turno al Doctor Marañón, eximio galeno y preclaro literato que, pese a su mocedad, ocupa en nuestro mundo un lugar preeminente.

Marañón ha dado una conferencia sobre "Amor, Conveniencia y Eugenesia". ¡Oído al parche!

En opinión del genial profesor enamorarse, con vista al matrimonio, es una tozillada.

"El que se casa por amores ha de vivir con dolores", dice como Schopenhauer. El amor, en el noviazgo, es un prelude. El amor, arropados bajo la misma manta, una entelequia que dura poco tiempo.

No amemos, pues. De casarnos que sea por conveniencia. ¿Rico, con pobre? ¿Pobre, con rica?... En este punto no

captamos fielmente la opinión del doctor. Nosotros tenemos declarado que todas las mujeres, ¡todas! son riquísimas de los quince a los veinticinco años; ricas de los veinticinco a los cuarenta y en regular posición desde esa edad hasta que Dios—el Dios de los perfumistas y de las modistas—, quiete.

Y siendo ello así, ¿qué se ha de entender por matrimonios de conveniencia?

Marañón, sin embargo, no se ocupa de eso ahincadamente y aún lo rechaza en absoluto. La conveniencia que proclama es otra. Habla de la eugenésica, del ayuntamiento carnal a base de buena constitución física de ambos contratantes y con la vista puesta no en el goce, sino en el producto; no en el regodeo, sino en la prole...

Hace algunos años—precisamente el anterior a la guerra Europea—, conocí yo en Barcelona a un joven bávaro precursor del Doctor Marañón. Era un muchachote de veintitantos años, ancho de espalda, recio de colodrillo y con unas mejillas que manaban sangre de puro rojas y relucientes. Había venido a España desde su país a dirigir una industria—era un buen ingeniero—, y, de paso, a buscarse parienta, pues encontraba peligroso para la descendencia que anhelaba, "encargarla, a su coterránea, rubia, fofa y sin pasión alguna".

—Aquí en España—me decía—, está mi complemento. Física y psicológicamente el producto de mi temperamento con el de una española será la misma perfección. Yo pondré la sangre y ella los nervios. Yo la bruma y ella el sol. Ella el fuego y yo la ceniza que lo cubra y lo guarde...

En esta idea nuestro hombre frecuentaba teatros y paseos, restaurantes y cabarets con los ojos curiosos, fijándose en todas las beldades.

Un día, se presentó gozoso. Había encontrado más de lo apetecible. Había encontrado a una muchacha de recia contextura que se allanaba no sólo a matrimoniar; a ejercitarse, durante algunos meses, en una prueba concluyente. Aquello duró poco. No estaban las fuerzas ponderadas de un modo matemático. En quince días nuestra compatriota

dió cuenta del buen bávaro, dejándole escurrido y macilento.

—Pero yo no desmayo. Equivoqué la dosis. Probaremos con una pelicastaña y menos prepotente.

Tampoco le acompañó la suerte en esta prueba. La castaña era como la otra y, además, no estaba por tener sucesión de un extranjero. ¡Puro nacionalismo!...

En un tercer intento—con una rubia menudita y de apariencia endeble—, se coronó su desengaño fiero. La rubia le mandó a una clínica.

Y allí, en la cama, entrapajado, hecho una momia, el hombre abdicó de sus ideas eugenésicas.

—Es tonto darle vueltas al asunto. Yo estoy desengañado. Si "el que se casa por amores ha de vivir con dolores" y el que se casa sin amores también ha de sufrirlos, ¿qué porvenir el nuestro?...

Y, al salir de la clínica, empecé a verle por el paralelo en malas compañías y con americana de trabilla...

LEOPOLDO BEJARANO.

Madrinas de guerra

Las solicitan:

Arturo Montecristo, primera Bandera del primer Tercio. Plana Mayor. Targuist. (Alhucemas.)

José Luis Gutiérrez Marturana. Juan Lasquelly y Lasquelly y Pedro Vázquez, del escuadrón de Lanceros de la Legión. T'zenin. (Larache.)

Alfredo Rodríguez Ruiz, Carlos Celes Son y Alfonso Durán Rodríguez, cruce-ro "Princesa de Asturias". Ceuta.

Ramón Veiga, sección plaza y Félix Criado, Sección de Aduanas. Comandancia General de Melilla.



—Si será infame, que me ha multiplicado antes de abandonarme.

Dib. de Goni.



UN PRECAVIDO, por Bellón.

Ella.—Si vamos al "cine" ten cuidado con mi carabina porque es de las que no aguantan ciertas cosas...

El.—¡A esa carabina la descargo yo con un duro!


HABLA LA EXPERIENCIA, por Demetrio.

La madre.—No seas tontina, y desiste de ser tan exigente con tu marido.

La hija.—¡Pero mamá si apenas duerme en casa!

La madre.—Pero es que tú no le dejas dormir.





Cosas de Belorcio

Fritz no se divierte en el cabaret

—¡Oh, no, carramba! Claro se está que yo no me soy dipertido al caparret. Aquí se está el caparret demasiado serrio... Mocha demasiada musica, pastante lus y su boquito de flores; se están tambien el señor gordo de la puerta y los camareros toros ellos pastante pien elegantes, berro nara más. Unicamente se paila.

—¿Y qué es lo que tú pretendes que se hiciese en el *cabaret*, además de eso?

—¡Oh, carramba! Yo quiere que se hasen locurras... A Perlin astamos moi mocho demasiado pien de locurras.

—¿Qué locuras son esas?

—Ferrás, mi puen querrido amigo. A Perlin se buede moi pien desnudar a una moi elegante muguersita y pañarla en Champán; se buede tampien, rebartir grandes cantidades de pesos a las muguersitas...

—Aquí puedes arrimarte dando todos los pesos que quieras.

—Antoneses tú no me estás entendido. Yo te habla de pesos de pesar a la boca de las muguersitas.

—¡Ah, granuja!

—Sí; berro aquí no. Yo ma estuve anoche a un caparret y yo ma llevé un grande extraordinario disgusto.

—¿Qué te pasó?

—Ferrás. Yo antré al caparret y ma santé al junto de una begueña mesa. Ansegura me se asercó el camarero y le pedí un whisky y una muquer. El camarero se tiró a reir y solamente me trajo el whisky.

—Naturalmente.

—Naturalmente no. A Perlin, bides una muquer...

—Bueno, pero aquí no estamos en Berlín.

—¡Oh, qué idiota te estás mi puen carriñoso amigo! Ya se yo que no ma estoy a Perlin...

—Digue.

—Antoneses vino desbués a mi mesa una begueña dama y yo ma disbuse a brebarrar mi esena de amorr...

—Bravo.

—Sí; y la dije una galanterría.

—Y ¿qué te contestó?

—Ma dijo, dise: "Que ma traigan un focadillo de gamón, quitano".

—¡Jal, ¡jal!

—No te estés reido, que aquello se estuve aspartoso. Ferrás. La trajerron el focadillo y ma dijo: "Oh, que yo te lo agradezco moi mocho... latrón".

—Muy bien.

—Moi pien, no, borque yo no sé barra qué me llamaba latrón esta señora.

—Sigue.

—Pien. Yo no ma hise el antendido y la di un moi fuerte pocado al gogete gariñosamente. Antoneses ma dijo: "Sucltane, tú... negraso, cranuja..." Esto ma molesto fastante y la dije: "Berro mujer, ¿bor que ma estás insultando?". "Yo no te estoy insultando —ma gontestó—; esto que yo te dise latrón, quitano, negraso y cranuja, se está unras balabras carriñosas a Esbaña".

—Naturalmente, hombre.

—¡No, señor! ¡Nara de naturalmente, carramba!

—¿Cómo que no?

—Gomo que no. Bor lo menos, los lompres no bodemos desirles a ellas estas balabras carriñosas.

—Explicáte.

—Clarro que sí. Ella ma estuvo di-siendo tora la noche: "quitano, latrón, mala sangre, asesino, negro y feo", y yo ma estuve moi mocho creído de que se estaban balabras carriñosas. Berro güando yo me la quise corresponder con otras frases, ma dió un fotellazo an este oco que ma dejó la niña hasiendo de los titeres...

—Y ¿qué la dijiste?

—¡Balabras carriñosas! La dije: "¡Oh, que yo te quiere a ti muquersita gochina, sinfergüensa, maldita se está tu señorra matre que se hase los puños..."

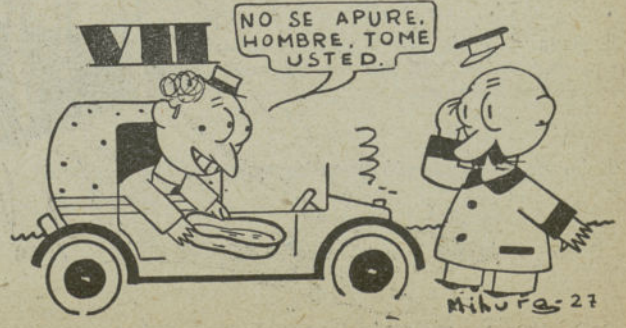
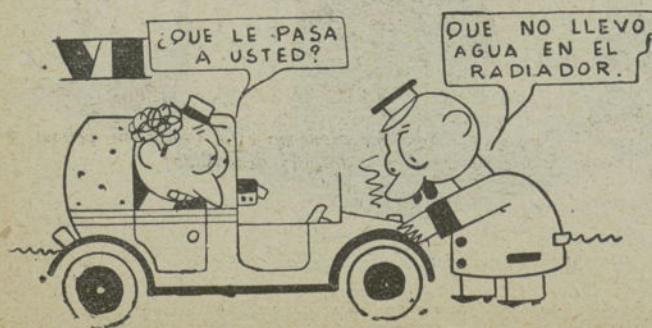
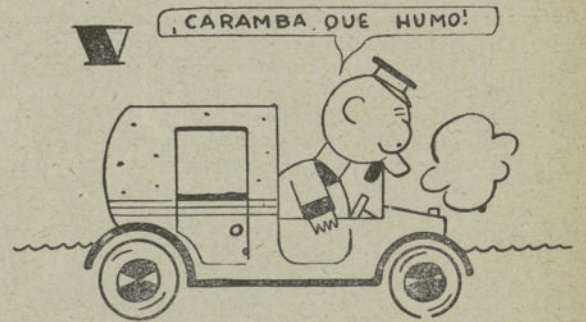
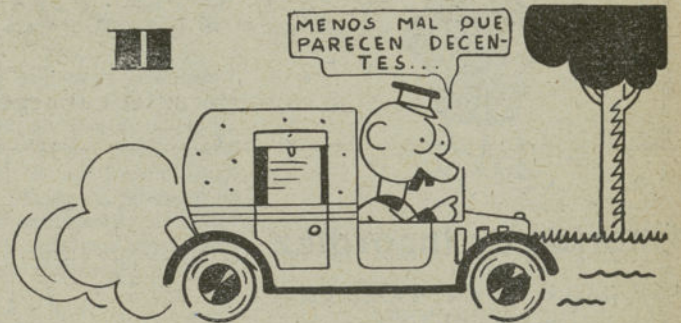
BELORCIO



ANORANZA, por Moliné.

—¡Cómo me recuerda esta novela mi primer beso a un hombre... después de casada!

LOS PRECAVIDOS, por Mihura





Charlas de Incórdiez

DEL BAILE DE LA ASOCIACION
DE LA PRENSA.

Yo asistí a ese baile a pesar del cartel del dibujante Dhoy, que lo anunciaba por las calles (el cartel) y que decoraba los billetes de entrada. Hice un esfuerzo para perdonar a la comisión organizadora por el desmán, y fui al baile si no para bailar porque mi escesiva pequeñez no me permite charlestonear más que con señoras muy cuidadosas de su higiene intimísima e hidráulica, porque... ¡hay que ver a la altura que con relación a la pareja, queda mi cara!

Además, no todas se dejan asir por las caderas que es adonde alcanzo empujándome; total, que fui al baile para ver y para beber... ¿y por qué no voy a ser sincero? También, y principalmente, fui por ver a Antonia Herrero, la notable primera actriz en cuya compañía en formación días pasados, pretendía incorporarme como galán joven. Y en efecto, allí resplandecía la elegante figura de la Herrero, acosada por los admiradores, entre los que repartía sonrisas y charlestons. Cuando tuve ocasión de hablarla y una vez iniciada mi pretensión de formar parte de su compañía, me atajó para preguntarme guasona, que si yo sabía imitar a los animales, que me contrataría para hacer el gato entre cajas.

Si no fuera por miedo a que me pisotéen las gallinejas, diría que la Fernan-Gómez estaba de guapa como para no dejar de ella ni el esqueleto

Dicenta dejó de beber a las cuatro de la madrugada. Una vez que estornudó, continuó bebiendo.

Bejarano no estornudó hasta las siete.

¡Bueno; cada vez que me acuerdo del cartel!...

Como en todas las fiestas organizadas por la Asociación de la Prensa, reinó el

mejor gusto, y la alegría fué general, aunque para mí fué sargento nada más, por el recuerdo del cartel anunciador.

¡Qué guapas eran todas las señoras, señoritas y niñas, sin graduación!...

Antoñito Paso hizo de las suyas después de beber de contrabando y a hurtadillas un frasco de vino de la tierra, porque dice que el champagne es un agua mineral que le da hipo, ¡por eso no le gusta. En cuanto en el natural barullo, un circunstante tropezaba a otro, Antonio se acercaba al atropellado para decirle: "¡Cómase lo usted!"

Cuando creí morir del susto, fué cuando de retirada acudimos al guardarropa, insuficiente para atender a tanto peticionario como nos agolpábamos con la chapa en la mano (imprudencia temeraria es: un lugar en que se apiñan tantos hombres que no conocemos).

En la actitud más correcta y un poco apartados para no estorbar, había dos caballeros de raza negra que con su cha-

pa preparada esperaban a que se hiciera una clarita para recoger sus abrigos y sombreros; cuando se fija en ellos Antoñito Paso, que después de mirarlos tiernamente, cogió de un brazo a Paquito Melgares y, llevándolo hasta donde estaban los africanos y señalándolos descaradamente, le gritó a Paquito: "¿Te convences de lo mal organizado que está el servicio de guardarropa en todos los teatros? ¡Aquí tienes a estos dos caballeros que están negros de esperar!"

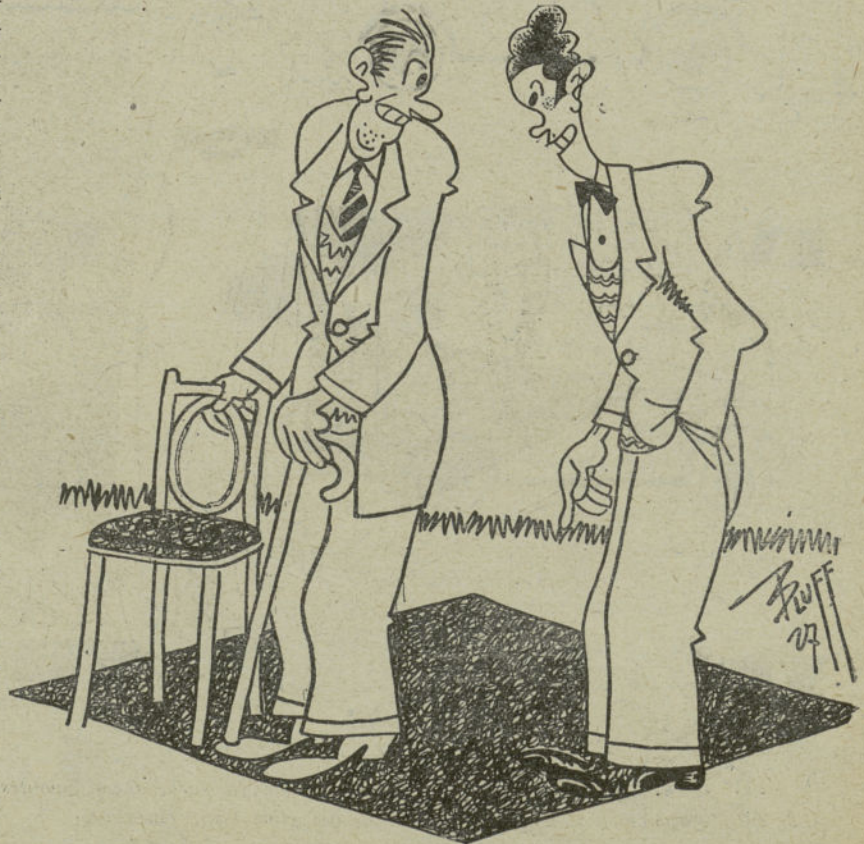
Vuestro hasta la catalepsia,

INCÓRDIEZ.

Nota: ¡Pero el cartel!...

Virilidad perfecta

instantánea, sin medicamentos.
«SECRETO FAUST», infalible
¡aun septuagenarios! Envío pliego
cerrado, 0,25 Escríbid
Apartado 1.236. Madrid



LOS MISMOS EFECTOS, por Bluff.

—Yo también estuve como tú sin poder casi andar, por tropezar con un adoquín.

—¡Pues yo he tropezado con un colchón y fijate las consecuencias.



—Y el caso es que no me explico cómo mi marido puede tener amantes; porque yo no tengo queja de él, y... algunos días tengo que desistir de quejarme hasta cinco veces.

Dib. de Picó.



Cuentos al oído

Del último Carnaval

—¡Vaya gachí!—se dijo don Martín al ver a una mascarita vestida de odalisca, que le clavó los ojos cuando se acercó a su lado y que, además, le metió contra el vientre la protuberancia más carnosa de su cuerpo—. ¡Vaya gachí!...

Insensiblemente sonrió, afianzóse el sombrero, colocóse la corbata y enhiestóse como un gallo bajo el empujón dulcísimo.

La mascarita, como si se propusiese dejar en el cuerpo de don Martín un molde de su cuerpo, siguió adaptando contra sus entrantes todos sus salientes en un movimiento de rotación, merced al cual nuestro héroe pensó derretirse de gusto. Puso los ojos en blanco, los hizo girar luego atacado de un súbito estrabismo y, por fin, suspiró con tal fuerza que la odalisca sintió que se le arremolinaban los ricillos de las sienes y que le tintineaban los pendientes de mentidos coqueyes de oro como bajo un violentísimo simoun.

—Perdona, chico—hubo de decirle la desconocida—. Perdona que me apriete contra tí lo mismo que un autobús.

Pero es que la gente no me deja moverme.

No la dejaría correr, ni saltar, porque reconcomerse ya lo creo que la dejaba. Parecía, en efecto, que estaba ejecutando una lenta, una arrebatadora danza del vientre contra don Martín, cuyo ombligo, contagiado, seguía sus vaivenes con un ritmo digno de cualquier Zobeida, diestra y lasciva.

Cuando el gentío se esclareció un poco, la mascarita y don Martín encontráronse aislados de quienes los acompañaban.

—¿Dónde están mis compañeras?— chilló la odalisca—. No las veo.

—Deben de estar con mis compañeros—, le contestó don Martín—porque yo tampoco los veo.

La mascarita movió la cabeza con un gesto de contrariedad; pero, al instante, agarrándose del brazo del absorto don Martín, le ordenó:

—Pues, imitémoslos ¿quieres?

—Quiero con toda el alma, sultana, encantadora.

Y dejóse llevar por la incógnita mujer a lo más tremebundo del bullicio.

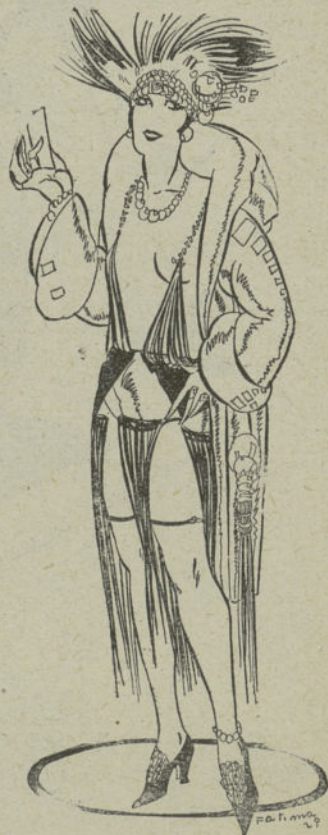
D. Martín era un hombre que había madurado en la vida sin más vivo placer que el de pertenecer a una oficina del Es.ado, donde hacía una admirable letra redondilla, y el de tener una patrona ya vieja, que le daba por cinco pesetas diarias una sombra—una mala sombra—de hogar. La mujer habíale inspirado siempre un terror pánico. Habíase casi muerto por los encantos de más de doscientas muchachas, pero en silencio, porque la timidez selló en toda ocasión sus labios. Cuando sus compañeros narraban sus conquistas, a don Martín se le hacía la boca agua y los envidiaba profundamente. Proponíase imitarlos y, sin embargo, nunca lo consiguió.

En aquella tarde, pues, creía despertar de un sueño. Sujeto del brazo de la odalisca, sintiendo sobre su brazo un dulce peso redonduelo, que se debatía violentamente bajo la fina seda del disfraz, dióse a brincar, a vociferar, a correr con todas sus fuerzas. A medida que se hundía más en aquel piélagos jaranero, más limadas parecía notar las aristas de su carácter. Y experimentaba la grata sorpresa de quien, habiendo

entrado puercoespín en un lugar, se sintiese, antes de abandonarlo, convertido en un suave corderillo caricioso y triscador. Derrochaba confetti, dilapidaba serpentinas, prodigaba caramelos y ramitos de violetas y, al mismo tiempo, abrazaba a quienquiera que se le ponía por delante, jugaba al corro con quien se presentaba, libaba con cuantos se lo ofrecían, torcido el sombrero, reidora la boca hasta las orejas, echado para atrás sobre las piernecillas temblequeantes y aventado constantemente el grisáceo bigote por los estentóreos y continuos vivas a la alegría que brotaban de sus labios.

Todo, todo lo debía a la odalisca que llevaba al lado y que, a cada paso, se le metía más en el cuerpo y en el alma. Reía la tal con una risa encantadora, se cimbreaba a cada embate de la multitud con una gracia deliciosa, lo acardenalaba, ya con la cadera, ya con el curvo hueco del costado, ya con los muslos tersos y firmes. Y, además, le mostraba bajo unos collares de bisutería, el nacimiento del seno, en cuyo centro abríase tentador un vallecico de anémonas...

¿Cómo llegaron a verse en aquel reservado, "lejos del mundanal ruido...?"



INDIRECTA, por FÁTIMA.

—Es la última carta que le escribo a ese hombre diciéndole que por él me han tenido que poner la camisa de fuerza, y que haga el favor de venir a quitarme la camisa.



Ella.—Mi marido tiene más derecho que tú...

El.—¡A verlo!

Dib. de 8870.

¿Cómo engulleron aquel sabroso yantar?... ¿Cómo vaciaron aquellas botellas que yacían sobre el mantel, caídas en desorden?... ¿Cómo él osó tanto que ella hubo de desmayarse?...

Don Martín, por su parte, lo ignoraba todo. Cuando se dió cuenta de lo que le rodeaba, la odalisca—llamábase ya Isidora—, descubierta su faz, pálidas las mejillas y entreabierto el corpiño, le gimoteaba, estresándole el cuello entre sus robustos brazos y besuqueándole en la bocaza absorta:

—¡Ay, Martín, Martín!... ¡Lo que hemos hecho!... ¿Qué será de mí ahora?...

Don Martín le tuvo que decir unas palabras de consuelo:

—Mujer, no te apures... No llores... Todo se arreglará a gusto...

Y ella, en cuanto le oyó, apretóle aún más el cuello—casi lo asfixió—y exclamó, saltándole sobre las rodillas:

—Me has perdido, Martín, me has perdido; pero no me importa. Tú eres un caballero...

El caballero, ya un tanto desembriado, calculaba lo que le iba a costar aquella "cana al aire", y apenas le hacía caso.

—Tú eres un caballero—insistió ella dándole un manotazo—. ¿Verdad que eres un caballero?

—Sí, Isidora—hubo de contestarle don Martín—. Soy un caballero.

—Por eso, amor mío, no me abandonarás nunca. Yo, por mi parte, jamás me separaré de tu lado.

A poco, se oía en la estancia un tintineo de cequíes, cortado por un enfrecido suspirar...

Todo lo contado hasta ahora aconteció el domingo del último Carnaval. El lunes, todavía andaba don Martín por las calles, del brazo de la odalisca. Su rostro había enflaquecido; su cartera también. Y, además, sentíase invadido por la melancolía, casi por la náusea, que producen todos los hartaz-

gos. El deseo mayor de nuestro hombre era desprenderse de aquella mujer. No sabía, sin embargo, cómo lograrlo. Isidora se apretujaba cada vez más ahincadamente contra él y no había manera de que lo dejara solo un momento.

Todo el día y toda la noche transcurrieron en aquella situación. Amaneció el martes e Isidora y don Martín continuaban "divirtiéndose" a lo largo de las calles. Don Martín estaba desconocido. Unas ojeras violáceas le cercaban los hundidos y tristes ojos. Su labio inferior pendía, caedizo. Sus piernas se le doblaban al andar. Un rictus de supremo desencanto le entenebrece el rostro cada vez que ella le susurraba al oído:

—¡Ay, Martinete mío!... ¡Qué felices vamos a ser!... Siempre juntos, ¿verdad?

Comieron en un restaurante. A los postres, don Martín, deseoso de huir de cualquier modo, propuso a su compañera arteramente:

—Mira, Isidorita; vivo aquí cerca. Voy en un momento a ver a mi patrona, que estará con cuidado, para que no me espere tampoco esta noche. Vuelvo en seguida...

Isidora le contestó:

—Iremos, si quieres, los dos. Te repito que no he de separarme de tu lado... ¡Me moriría de pena!...

—¡Qué había de ir ninguno!... Don Martín, desesperado, sin ánimos para obrar violentamente, dejóse arrastrar de nuevo a las locuras carnavalescas. Sus ojos imploraban de los indiferentes transeúntes, que le sacaran de aquel amargo trance. Dos o tres quedáronse mirando a Isidora. Hasta uno de ellos dijo, al pasar a su lado:

—¡Buena hembra!

Y don Martín estuvo a punto de regalársela como quien regala un can a un amigo. De propósito la llevó adonde mayores eran las aperturas, para ver si la perdía entre la muchedumbre. Y sucedió lo que suele acontecer en casos semejantes: que uno, le quitó la cartera, que otro le quitó el re-



—El.—Oye, cuando acabes con ése, avísame.

Ella.—Dispensa, pero "ma" tomao "pa" veinticuatro horas.

Dib. de Bellón.

loj; pero que ninguno le quitó la mujer.

Había para clamar al cielo, y don Martín clamaba, aunque en silencio...

En la administración de un periódico de la mañana velaba un empleado, ya bien entrada la noche del martes de Carnaval. De súbito, la calma que allí reinaba, vióse interrumpida por la llegada de un tipo de mirada vagarosa, pálido, descompuesto, impresas en el semblante las claras huellas de un espanto sobrehumano: era don Martín. Dirigiéndose éste al atónito empleado, le dijo:

—Escriba, escriba usted cuanto antes, por lo que más quiera... Coja la pluma, hombre, coja la pluma...

—Diga usted lo que desee...

—Sí; pero en un soplo, porque apenas me libré de ella y temo que me siga... Es un anuncio por palabras... "Urgente. Para miércoles de ceniza y domingo de piñata se traspasa, muy barata, una odalisca en buenas condiciones. Razón..."

En aquel momento, oyóse una voz femenina en lo hondo del tenebroso pasillo.

—¡Martín!... ¡Martinete mío!... ¿Dónde estás?—clamaba aquella voz meliflua.

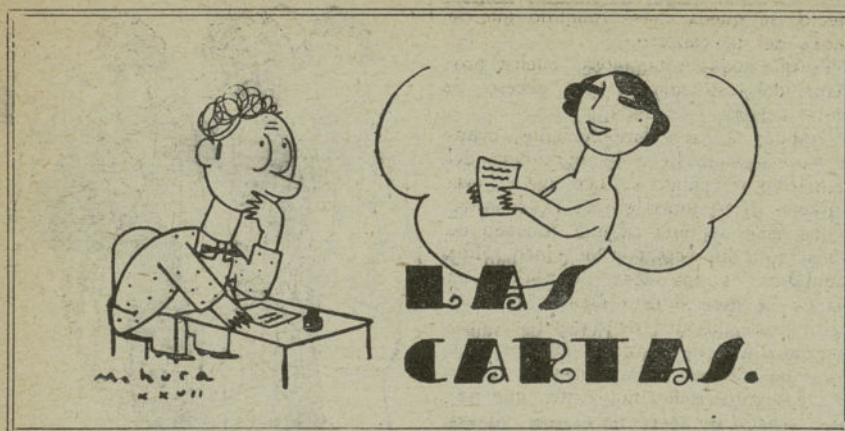
Don Martín puso los ojos bizcos, alzó las manos sobre su cabeza y cayó al pie de la ventanilla administrativa, como herido por un rayo...



—¿Que si soy desgraciada? ¡Miren como me encuentro, y eso que mis amigas no hacen más que cortarme trajes!

Dib. de HERREROS.

José A. LUENGO.



—“Ahí va el cinco de panoplias y maldito sea tú padre.

—Echo el dos de beatas, y la indirecta que ía recoja tú hermana.

—¡Roba, boceras!

—¡No avasalles, ¡ladrón!”

Frases de dos jugadores de tute en una taberna, a las doce y cuarto de la noche.

“¿Por qué las mujeres sentirán esa extraña predilección por el as de bastos?”—Delicado pensamiento del autor.

¡Oh, cartas de amor! ¡Plieguecillos locos en los que se envía una alegría o se envía una pena! ¡Oh, cartas, cartas!

(Con el permiso de ustedes, voy a dedicar un canto a las cartas.)

Cartas de amor perfumadas,
que váis de Cuenca
a Segovia
o de Cádiz a Marchena.
¡Ah, la carta de la novia
que es morena!

¡Oh, misivas esperadas
que tardáis tanto en llegar,
y que igual hacéis reír,
que llorar!...

¡Oh, esas cartitas de amor
que alegran los corazones
como si fueran mantones
de color!...

¡Yo no recibo ninguna,
ni de Inés ni de Paulina!
¡Qué dolor! ¡Oh, qué dolor!
Voy a tomar Aspirina.

Fín del prólogo.

El hombre, en su vida insípida, escribe varias cartas de declaración, que sirven, entre otras cosas absurdas, para que blasfemen las porteras de cincuenta y siete años, encargadas de subirlas al piso de la destinataria, y para que cuatro o cinco niñas se solacen

hasta el extremo de partirse los sostenes de risa.

La primera carta que el hombre escribe suele ser a los nueve años, y viene a estar concebida en estos términos idiotas:

“Hamiga Pilarín, te estrañará té ecriba esta carta, peroes que tu no saves lo que yo quiero decirte, porque por eso té lo digo y tute estañarás; además, que yo quiero ser tu novio para que no se ponga fonto el memo de Pakito, que dice que tu a mi no me quieres, y eso no vale porque yo le he regalado muchos lapiceros y muchos sobrecitos chiquititos, que yo cogí del cuarto de mamá cuando viene papá los savados y que siempre lleva muchos en la cartera, porque mi mama dice que si no lleva no le deja en-

trar con ella, porque dice que los niños dan mucha guerra, y ya ves que yo se lo dei todo y, además, le e dado dos plumas, ya ves.

Si quieres ser mi novia dimelo y yo te daré todos los sobrecitos y unas tenazas que tengo, porque a pakito yo no le doi nada masen la vida, eso es. Adios, Julín.”

Y esto no es nada. A los diecisiete años, en esa edad en que empiezan a salirnos granos en las sienas y nos dedicamos a hacer ensayos horribos para conseguir fumarnos entero un puro de Canarias sin echar el alimento materno, escribimos la siguiente misiva, que es como para que nos diesen con un andamio en la nuez.

“Margot: Yo la quiero a usted, Margot. Y la quiero tanto, que me da miedo este cariño mío.

El primer día que la vi en el cabaret no sé lo que pasó por mí que no pude dormir en toda la noche. Yo lo achaqué al cafecito que me habían dado; pero no era eso, no, no, no, ¡no!

Era que mi corazón, sediento de cariño, buscaba una mujer a quien poder dárselo y la encontré al fin.

¡Y esa mujer es usted, Margot!

Yo la quiero, ¡la quiero! ¡LA QUIERO!

Comprendo que para usted, que debe tener ya cuarenta y cinco años, soy muy joven y no soy nada; pero si usted me desprecia me mataré...

Sí, Margot, me mataré porque yo no puedo vivir sin ti...

Deja esa vida que llevas y huyamos



—Camarero, esta leche tiene mucha nata...

—¿Quiere usted que se la... filtre?

Dib. de Mijangos.

juntos. Yo la querré siempre, ¡siempre! ¡SIEMPRE!...

Contésteme y acuérdesese que se muere por usted este que la quiere mucho, ¡mucho! ¡MUCHO! Y está dispuesto a huir con usted,

Eduardo.

Escribame a las señas de este amigo, porque en mi casa me abren todas las cartas.

Joaquín Buñuéllez, Gato, 76.

Y ponga dentro otro sobre con la carta dentro, que diga: para Eduardo. Adiós, ¡adiós! ¡ADIOS!

Si no tiene usted maletas, no se apure, porque yo, en mi casa, tengo dos y un portamantas.

La merienda también la llevaré yo. ¿Le gusta a usted el chorizo de Pamplona?

Adiós, ¡adiós! ¡ADIOS!

Eduardo."

Y a esta carta, la aludida anciana tanguista, suele contestar lo siguiente: "Poyito es usted un, magadero, yo no, tengo cuarenta y cinco años yo no e cumplido aun los 17 y no, le hago caso por que es usted, un poyito olvide este amor y no sea niño estas pasiones hay, que cortarlas de raíz para que no crezcan.

¡Olbideme! ¡Olbideme!

Margot."

Y el joven Eduardo llora dos tardes seguidas, no come pan en las comidas, y a los tres días le da su madre un purgante y, cuando le surte



NO ES CARO, por Goni.

El intérprete.—*Eso es jamón y canela fina!*

El extranjero.—*Gamón y canela cosas mocho caras.*

El intérprete.—*Pues ahí tiene usted cincuenta y cinco kilos por quince pesetas.*

efecto, se queda más tranquilo que la choza de un cabrero.

Porque todas estas cosas, suelen provenir del estómago y del exceso de fruta acuosa y rabuda.

Después, a los veintiocho años, cuando la estupidez llega al máximum del desarrollo y cuando se dice que el matrimonio es el único objeto de la vida, y que estar en una camilla rodeado de una señora sin peinar y de cinco niños raquíticos es una cosa de delicia, es cuando se escribe este memez, con letra inglesa, después de haberle estando paseando la calle durante dos meses a una niña de una cursilería espantosa:

"Distinguida señorita: Antes que nada, le ruego me perdone el que me tome la libertad de escribirla; pero no vea en mí un vulgar conquistador de esos que solamente viven con el objeto de escribir estúpidas cartas de amor.

Desgraciadamente he pasado ya de los veinticinco años y he vivido mucho y muy deprisa."

(Esto se dice para que la joven se figure que ha ido uno a todos los bailes de máscaras, que se han agarrado muchas tajadas y que se ha deseado a muchas mujeres con el corazón destrozado al abandonarlas; cuando lo único que se suele haber hecho a esa edad es ir al Eden-Concert con un amigo y convidar a una telonera a una caña de cerveza.

Pero es que los hombres tenemos más fantasía que "Agua, azucarillos y aguardiente.")

"Sé que no tiene usted novio y otras cosas que me ha dicho la portera, a quien he dado dos duros, y si no le soy del todo indiferente, podíamos ponernos en relaciones para fines matrimoniales.

Yo tengo veintiocho años y un sueldo de 500 pesetas en Telégrafos, además de otras doscientas que vengo a sacar en una representación de bicarbonato.

Sé tocar un poco la bandurria y arreglar la luz cuando se funde.

Además no ronco nunca.

Esta carta puede enseñársela a sus respetabilísimos papás, porque, como le he dicho antes, yo soy una persona seria.

Espero impaciente su contestación, y queda nervioso de intranquilidad su servidor seguro que sus pies besa,

ANGEL PRIMO.

Después, la vida con su constante girar, nos zarandea (olé) y a los treinta y nueve años y siete meses escribimos esta otra en la que, como se ve, se empieza a sintetizar:

"Nieves: pero qué disimular más tiempo. Yo te quiero a ti y tú a mí me quieres. Ni tu marido ni mi mujer sospechan nada.

¿Por qué no querernos? ¿Por qué sufrir más tiempo en silencio nuestro amor?

Amémonos y dejemos compromisos y sagrados deberes a un lado.

¡Dejemos que el amor triunfe!



—¡Hija, siempre estás fumando!

—Es que no puedo pasar sin tener algo en la boca.

—¡Pues habérmelo dicho antes!

Dib. de Fátima.

Como tu marido está fuera estos días, mañana, viernes, te espero a las cinco frente a Teléfonos para ir juntos a un gabinete con alcoba que he alquilado.

¡El amor no se debe dejar pasar de largo!

Hay agua caliente.

Te besa en los labios,

Javier."

Y, por último, a los cuarenta y cuatro años, cuando se es práctico como un enchufe, las palabras son menos. Para declararse a una gachí se escribe lo siguiente en el respaldo de una tarjeta de visita y a otra cosa, mariposa:

Francisco Gutiérrez

Saluda a "La bella Ruiseñor" y le adjunta un billete de cien pesetas, rogándole, al mismo tiempo, que le indique un lugar donde poder estar cómodos."

Y ya está.

Eso es.

Bueno. Les voy a repetir a ustedes algunos versos de los de antes, que son muy bonitos:

¡Oh, misivas esperadas que tardáis tanto en llegar y que igual hacéis reír que llorar!...

¡Oh, esas cartitas de amor que alegran los corazones como si fueran mantones de color!...

MIGUEL SANTOS.

(Ilustración de MIHURA)



Barcelona En Pyjama.

MOSAICO

Este es un marqués muy aficionado a la carne de falda. Más viejo que maduro, se acerca a la senectud con una velocidad loca. Pero el hombre se resiste a ponerse a régimen, y sigue hincándole el diente postizo—a la carne placentera de cabaret y de music-hall.

De este marqués se cuenta una anécdota graciosa: Tiene tres hijas y un perro. Las hijas se llaman Mimi, Lulú y Fifi. Sólo el perro tiene nombre de persona: se llama Francisco, como Cam-bó.

La revista está a la orden del día. En Barcelona siempre se está preparando alguna que otra revista.

Para las chicas pródigas de su cuerpo bonito, el escenario de la revista hace funciones de escaparate.

El otro día le decía Loló a un amigo suyo:

—En la nueva revista me han repartido un papel de pendón.

—Es un papel que representarás a las mil maravillas.

A Juana la reprochan sus amigos el que nunca se despoje de su pelerina.

—¿Pero cómo va a despojarse de ella?—arguyó Julián—. ¡Si es una pelerina de zorra y para la pobre Juana sería como despojarse de su propia piel!

Este es un hombre gordo, calvo, con una cabeza monda y lironda, que parece una rodilla; con aspecto de fabricante de Sadadell o cosa parecida. Este hombre, acostumbrado a la brevedad brutal de los negocios, ha entrado en el cabaret y le ha pedido al camarero:

—Café y señora.

El camarero, extrañado, ha corregido:

—El señor querrá decir café y copa.

—¡No!—ha gritado el hombre con aspecto de fabricante de Sabadell—. El señor quiere decir lo que ha dicho: café y señora.

—¡Pero si aquí no hay señoras!—arguye el camarero, que es un escéptico.

Y tiende una mirada de lástima sobre las pobres chicas del cabaret.

Este es un viejo cretino—como todos los viejos que frecuentan el cabaret—,

que, según dice, se divierte como nadie. No pierde un baile. Lo baila todo. Sería capaz de bailar la *Cabalgata de las Valkyrias*, el *Boris Gaudounoff*, o la *Quinta Sinfonía* de Beethoven.

A la chica que se arriesga a colaborar con él en su afición a Terpsicore, le da diez duros. Diez duros únicamente por bailar.

Ante un caso tan raro de generosidad, todo el mundo se asombra.

Pero alguien ha descubierto que el pobre señor no es—ya nos lo figurábamos—un juergista profesional, un temperamento orgiástico y licencioso. Si fre-

uenta el cabaret es porque allí se baila. Y si baila es, ¡por prescripción facultativa!

En Excelsior hablan de un pollo pera—pero pera confitada—al que todos llaman "la lámpara T". ¿No adivinan ustedes por qué? ¡Sí, hombre! Porque, como la mayoría de nuestros pollos *luce mucho y gasta poco*.

Este pollo se va a casar.

—¿Con su querida?—pregunta Amalia.

—No; con la querida de los demás—contesta Maruja.

El cabaret es en Barcelona una cosa tan seria, tan solemne, que los accionistas de una compañía de seguros celebran sus juntas en el Edén Concert, lugar de recogimiento y meditación.

LUIS CAPDEVILA.

Querido Capdevila: Perdóneme por no haberle escrito, pero ya le explicaré Abrazos, *Incórdiez*.



El padre.—¿Cómo que te quieres casar? ¡Habrás visto la mocosa...!

La nena.—¡Si mocosa, sí! Pues ya te quito los novios a mamá.

Dib. de Moreno.

Club Incórdiez

Sr. D. Alfonso G. Calero, presidente del "Club Incórdiez".—Manzanares.

Muy señor mío y amigo:

Si le digo a usted que se me ha caído la baba al tener conocimiento de la constitución de ese Club, que lleva mi nombre, y al recibir la tarjeta que reproduzco en fotograbado; si le digo, repito, que se me cayó la baba, no digo toda la verdad, o mejor dicho, no expreso exactamente la sensación que me produjo. ¡Se me cayó el chaleco!

Suplico a usted haga saber a nuestros amigos, los señores socios del "Club Incórdiez" que mi agradecimiento es tan grande como la merced recibida, y que pueden disponer de mí como de un taburete. Y a usted, querido presidente, le ofrezco un espacio en las planas de COSQUILLAS, en cuyo espacio se pueden publicar los importantes acuerdos de nuestro Club y también los trabajos literarios que en decidida chunga escriban los señores socios.

Reciba un abrazo de su incondicional Incórdiez.

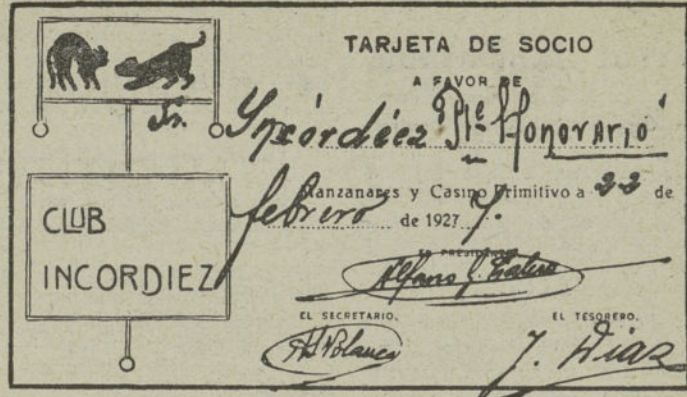
* * *

Manzanares, 22 de febrero de 1927.

Querido "Incórdiez": (Perdona si en nuestras manifestaciones somos tan expresivos como tú) valga, pues, el querido.

Con esta fecha y legalmente queda constituido en Manzanares, provincia de Ciudad Real, un Club formado por el elemento joven disidente de un casino que, oponiéndose a nuestras continuas súplicas, nos ha querido dejar sin bailes en los presentes Carnavales; esto ha traído como consecuencia la fusión de 150 elementos, próximamente, que, queriendo manifestar su descontento, se fusionan para formar el aludido "Club Incórdiez".

La razón es nuestra, no cabe duda; el resultado, tu autorizada opinión nos lo dirá.



Reproducción de la tarjeta de presidente honorario del Club Incórdiez, de Manzanares, con la que ha sido honrado nuestro director.

La Redacción de COSQUILLAS ha sentido tan honda satisfacción que para ponerla de manifiesto, de una manera inequívoca, se ha tirado al suelo en pleno,

En la primera reunión celebrada por el pleno hemos acordado lo que a continuación detallamos, celebrando que todo sea de tu conformidad, y así nos lo comuniqués:

Acuerdos.

1.º Queda nombrado presidente honorario de este Club nuestro inclito y buen amigo "Incórdiez", adjuntando a la presente su tarjeta de socio.

2.º Algo más que ladrando por las piernas de Demetrio (no por las suyas precisamente), y aunque a muchos nos tiene enclenques, no le guardamos rencor, nombrándole, por tanto, socio de honor.

3.º Les perdonamos las multas, que no es poco, pues nos regimos por un **estirado reglamento de Ku-Klux-Klan**.

4.º Deseando que esa revista, que tan acertadamente diriges (a este señor le haremos cuantos honores creemos merece), el ilustrísimo Díaz Antón, el prócer del mechoncito triangular, sea la única financiera que esta Sociedad pueda recibir, rogamos nos indiques el importe de un semestre de suscripción para enviárselo a su comodidad y por el conducto más rápido y económico.

5.º Suplicamos, querido "Incórdiez", previos informes que puedes solicitar de la formalidad de este Club, a cuyo efecto damos a conocer los nombres de los

directivos, nos dediques una fotografía, buen tamaño, que presidirá nuestro domicilio social, a la que rendiremos honores de capitán general con mando en plaza.

No nos molestará, amigo "Incórdiez", que si alguna amigueta de buen ver, v. gr., la Costanzo, quiere mantener correspondencia con este Club, lo solicite, pues prometemos nuestra contestación hasta en esperanto.

Por último, un favor: puesto que en esa Redacción sobrarán diseños de tu gitana figura nos envías algunos de los buenos, a fin de poder estamparlo en papel, sobre y demás documentos del Club.

Nada más por hoy; si nos contestas ya te daremos conocimiento de nuestra marcha; mientras tanto procura, presidente del alma, arrimarnos algún socio de esa Redacción.

Perdona, pues, el tostón y creemos haciéndote cosquillas en la columna como a la niña de tu portada.

Tuyo hasta la enajenación, El Club Incórdiez del Casino Primitivo.—El secretario, A. S. Blanco.

Directiva.

Presidente, D. Alfonso G. Calero; Secretario, D. Angel S. Blanco; Tesorero, D. José Díaz.

MADRIGAL

Por el sueño rendida y a la sombra de un árbol protector, te quedaste dormida soñando con tu amor.

Una frágil e inquieta mariposa que en la hojarasca umbrósa espía tu sueño, descendió, rauda y loca, del árbol, y en tu boca libó con terco exceso.

Al grito que lanzaste, el ósado volátil tendió el vuelo,

y confusa quedaste al verle, aleve, remontarse al cielo.

¡Fué que la mariposa tus labios confundió con una rosa!

... ..

Lo mismo que el volátil atrevido, yo, hubiese confundido la herida de tu boca con la flor:

que el amor, como el ave, si una ilusión le impulsa, nada sabe de labios o de flores, siendo de igual [color.

UN GATO DE LA CORTE

FOTOGRAFÍAS SELECTAS: RARAS

Hermosas colecciones

10 ptas. en sellos de Correo.

Escribid a **Excelsior**, Poste Restante Central.

BORDEAUX (Francia)

Un error lamentable

Confieso, sinceramente, que soy un hombre pacífico y, al decir pacífico, no quiero decir que sea pusilánime.

Soy pacífico en materia de amor—o de eso que llaman amor—; pero no me asusto de él. Me gustan las mujeres tanto como el pan de Génova o los flanes; pero no me desquicio por las conquistas imposibles o simplemente dudosas.

Hombre práctico y poco endiosado, no malgasto el tiempo en asedios espinosos, que si a la conclusión dan un fruto agradable, roban mucho tiempo y sólo arrojan un rato de placer a cambio de haber perdido otros varios tan sabrosos y placenteros.

Por eso, cuando desparramo la visual por una rua concurrida de damas, no elijo nunca para el asedio esos tipos dudosos de hembra, que, si a la postre, pueden ser un *postre* exquisito, a las veces, no pasa de ser un equivoco del buen deseo, quedando la conquista reducida a un *cross-country* tras la bella y a un sofoco proporcionado por la ídem al abordarla en el terreno definitivo.

No. Como hombre práctico, elijo para mis asaltos esas imágenes audaces, provocativas, contoneantes, que si no llevan ningún rótulo manuscrito que indique "Se alquila", lucen un sello espiritual que no dan lugar al engaño.



Ella.—Y por qué dicen que eres el mejor jugador de España?

El.—¡Porque he ganado un partido con dos balones!

Dib. de Oscar.

Y como, afortunadamente, Madrid está *jamón* en ese contingente de conquistas fáciles, he aquí cómo, parodiando al Tenorio, me creo en el caso de achicarle, reformando aquellos sus famosos versos, de esta guisa más moderna:

...Un segundo para verlas;
cinco, para conquistarlas;
veinte para usufructuarlas,
y un *luis* (1) para convencerlas.

Esta cuenta rimada puede sufrir algún variante en el cociente y aun en el residuo; pero minuto más o franco menos, el hecho es vetusto.

Y pasada esta declaración pasemos al divieso.

La otra tarde, caminaba yo al albur por la Gran Vía, cuando al avizorar entre los grupos de paseantes, vislumbre a unos treinta pasos de distancia delante de mí, una silueta femenina que parecía arrancada de una portada de COSQUILLAS.

Era un tipo de mujer alta, recia, esbelta, plena de vida y de juventud, con una cabeza muy moderna de pelo corto y casi masculino. Vestía—pese al fresquito ambiente—un traje azul sedoso, que se ceñía a su espalda bravamente, aferrándose a su cintura breve en un abrazo torturador, para morir ajustado provocativamente en las mismas corvas. Sus piernas, de un corte y una línea imposible de dibujar, lucían unas finas y mareantes medias de seda cruda y calzaba sus pies diminutos e inquietos con unos recortados zapatos color caña, de alto tacón, que contribuían más eficazmente a modelar su busto equívoco y desafiante. El porte *total* era de esos que ni dejan lugar a dudas, ni las admiten.

Y si aun no era suficiente esto para convencerse, bastaba admirar sus andares para no andarse por las ramas.

Aquel desenfadado en el taconeo, aquel vaivén de caderas, que parecían impulsadas por un balancín al moverse, y aquella gachonería en el braceo, eran como una cédula personal exhibida a pleno sol para no andarse con vacilaciones.

Confieso que dudé muy poco. El caso no admitía titubeos. Y como, afortunadamente, poseía los dos elementos imprescindibles para salirle al paso a la *desdichada*—una hora de tiempo y el producto de un artículo sacado con trabuco al administrador de un periódico—, me lancé a la caza segura de aquel monumento femenino.

Apreté el paso hasta ponerme junto al oído de la bella (aquella fachada posterior no podía pertenecer a un coco) y antes de verla el rostro, la insinué esta proposición incidental, que en toda ocasión análoga he podido comprobar que es infalible:

—Escuche usted, ¡so desgraciá! Tengo cinco duros para poner un pleno al

(1) Donde dice *luis* póngase otra clase de sistema monetario. La medida práctica obligaba a esta clase de moneda.



El.—Ya te he dicho que no quiero que leas novelas eróticas. Cuando menos, avísame para que las leamos juntos.

Dib. MONTERO BOCH.

ocho en ese cuerpo mahometano y una hora hábil para estar jugando con usted al carrusel... ¿Vale?

Y, sin decir más, alargué el brazo dispuesto a asir el de la bella en una abrazadera simbólica...

Mas, de repente, la *conquistable* dió un respingo, volvió la cabeza desafiante y, al contemplarla, quedé anonadado contra una farola del alumbrado público.

La presunta *víctima* ¡era, nada menos, que la mujer de mi muy estimable y honorable amigo X!...

La dama, al reconocermé como un villano seductor, prendió en sus ojos gachones (tenazmente maquillados) una lucecilla de odio y dignidad ofendida, y, encarándose conmigo, me espetó flagelante:

—¡Caballero, es usted un sátiro y un villano! ¿Con qué derecho me nace usted semejante proposición? ¿Qué pie le he dado yo a usted para que me tome por una de esas mujeres impúdicas, que se venden a los galanteos de cualquier conquistador sin escrúpulos? ¡Yo soy una mujer decente!

Y muy digna siguió su camino, altiva, despreciativa y... ondulante. Yo quedé confuso y avergonzado. La dama tenía razón. Mi amigo era un hombre honorable. Ella era una mujer honorable. Yo debía haberme fijado muy bien, antes de hablar, a quién me dirigía, para evitarme el planchazo. Sí; tenía razón; ella era una mujer muy decente, sólo que... ¡no lo parecía! ¡Qué caray!

FIDEL PRADO.

La subcomorsis del chiste y su influencia neortarcia en la meligua epiploica

Señores 4 de los 7:

Distinguidos señores: por primera vez en mi vida me hacéis usar la pluma para escribir (?) unas líneas de contestación, en vez de hacer un "mono", que es a lo que estoy acostumbrado. Pero, en fin, perdón, ya que no quiero dejar sin contestación vuestra curiosidad.

Pensaba hacer un estudio profundo del chiste y su manera de tratar en el dibujante, pero francamente el título solamente me ha costado al pensarlo un dolor tremendo en donde las demás personas tienen el Colinche... así es que paso por alto el estudio—según costumbre—, y voy a satisfacer vuestra curiosidad.

En la época que un servidor polleaba (¡aún! ¡aún!), cuando una peseta valía diez perras gordas, un bocadillo veinte céntimos, y era costumbre que los árboles tuvieran ramas y las "mademoiselles" pelo, me ocurrió un pequeño lance que fué el origen del dichoso chistecito que ha merecido vuestra atención.

Un día, después de examinarme y ser brillantemente "cateado" en cuatro asignaturas, y mientras inventaba por la calle terribles persecuciones y "fierezas" de catedráticos para justificar mi éjito, se dirigió a mí una chiquilla, que me dejó "suspense", porque era la "cachondez noctívaga" de guapa. Me preguntó con voz angelical, como es costumbre en estos encuentros: "¿Sabe usted amable jovencito dónde venden irrigadores?" No me negarán ustedes que después de esta delicada pregunta hay que estirarse un poquito los puños, dar un suspiro, poner los ojos en blanco y ofrecerse por ella hasta incluso estudiar diez minutos seguidos... seguidos de tres años de descanso; total que por aquello de los irrigadores "enchufamos", le dije que si tenía inconveniente en que la acompañara, frase tan original que no dudó en decirme que sí. Y le propuse dar un paseo con ánimo de ver si se convenía para terminar en un cine. No hay que decir que la paseé por los sitios más céntricos y saludaba afectuosísimo a todos los amigos para que se fijaran en que iba tan bien acompañado.

Después de dar varias vueltas sin más rodeos le propuse:

—¡Oye, negra de mi epitelio! ¿quieres que vayamos al cine?

—Pero ¿serás formal? porque si lo vas a ser, la verdad, ¡no voy!

Yo le prometí tener menos formalidad que un académico en cabaret.

Dirigimos nuestros pasos a un cine y nos "sentemos" en dos butaquitas de la última fila. Apenas pude ver algo en las carbonescas tinieblas, ví que al lado de

mi amiguita, a su derecha, había un fulano que se la comía con los ojos en vez de distraerse con unos monstruos que se veían en la sombra mitad hombre mitad mujer; pero que no se les veía la soldadura.

La chiquilla se obsesionó con la película, y no hacía caso de mi conversación. Y al poco tiempo noté un rebullir en mi acompañante, y unos suspiros entrecortados que partían de su derecha. Ella no podía darle importancia porque la película seguía obsesionando su atención de estatua. Ya estaba yo con aquel "moscardón perdido" y dispuesto a la escandalera, cuando ella se volvió y me dijo:

—¡Ya estarás contento, hombre! ¡pero anda tú ahora que estoy desesperada!

—¡Oye tú! ¿a qué te refieres?

—¡Vamos, tonto! ¿pero eres de hielo?

—¡Soy de cascarones!

—¡Ah! pero, ¿no has sentido nada?— decía llena de asombro.

—¡Yo, no!

Miró asombrada a un lado y a otro y me dijo:

—¡Perdona chico! pero, ¡creí te habías sentado a mi derecha!

Se hizo la luz, y el "fulano" que había al lado de ella le ví relamerse y lanzarme una miradita de perdonavidas. Ella se sonrió. Yo salí más rojo que mi pelo (aunque no "corrido"), y me marché raudo, pensando en que la mujer es un ser intermitente y agarlólico que tumerfacia la vida del hombre. ¿Estáis conformes? Así, a primera vista tenía



Esta es la que mejor lo habrá pasado, ¡es como si tuviera dos novios!

alguna gracia el chiste, pero ahora con la explicación, definitivamente, no tiene ninguna ¿verdad? pero, en fin, por lo menos esto del chistecito ha dado motivo a pasar un poco el rato y colocarme vosotros, dos chistecitos sobre mi apéllido ¡a mí! ¡de nen! Ya lo tenéis explicado distinguidos "guasas"; decirme donde os envió el "cupro-níquel" pedido y os convido a tomarnos unas cañas de manzanilla que es con lo que yo puedo pagar vuestro buen humor.

BELLÓN.

Ha sido tan rotundo el éxito del Extraordinario de Carnaval, que desde este momento, me doy el título de el director más guapo del mundo.

No quito ni tanto así, vuestro,

INCÓRDIEZ.



EL PELIGRO DEL BAILE DE MASCARAS, por Soler.

—No vuelvo a un baile de máscaras hasta que me case. Esta vez he tenido el peligro en la puerta.



PELIZCOS

—¿Qué te ocurrió que no te ví en el baile de la Asociación de la Prensa?

—Que me dió miedo ir.

—¿Por qué?

—Porque me habían asegurado que entre los regalos a rifar estaba incluido el original del cartel anunciador y... ¡la verdad chico: mi sacrificio no podía llegar a tanto!...

En Vasconia se ha desarrollado una original y pintoresca carrera pedestre.

Una linda joven se apostó a correr con un fornido y zanquilargo jayán.

Y la linda joven venció, netamente, a su rival, sacándole en la carrera medio metro de ventaja.

Ignoramos el efecto que la derrota ha podido causar en el ánimo del vencido. Nosotros no nos hubiésemos molestado en modo alguno, porque, puestos a luchar con ella, nos hubiese sacado medio metro...

Dos meses, la prensa toda lleva hablando de la poda sin trazas de terminar: y aunque el caso lo merece ¡señores! ¿no les parece que esto es ya mucho... podar?

El ex presidente del Club Alpino Español, ha hecho algunas declaraciones justificando la mala actuación de nuestros equipiers en la Copa de Francia de Chamonix.

Y entre otras cosas, ha dicho que no podemos competir con los buenos esquiadores canadienses, finlandeses, noruegos, etc., porque aparte otras razones las condiciones de la nieve de éstos, son infinitamente mejores para esta clase de "pruebas"...

Esto nos indigna y como buenos patriotas nos obliga a hacer una petición enérgica:

Que se haga un pedido de nieve a Finlandia o El Canadá de la mejor que allí se fabrique.

Todo menos consentir que por un ahorro en la mercancía, nuestros equipiers se vean expuestos al ridículo.

¡No faltaría más!

La aeronáutica española que es seria como ninguna quiere aclarar esa trola de Cunha "y le pide una

aclaración", ¡una sola!... ¡Más no tendrá tal fortuna! ¿quién va a deshacer la bola si es una bola de Cunha?



—Te apuesto lo que quieras a que te quito a Ricardo.

—¡Acepto!... ¿Qué piensas hacer?

—No puedo decírtelo. El secreto quedará entre Ricardo, la "chaiselongue" y yo.

Dib. de Picó.



Esta que aquí ves sin cabeza es la estatuaría figura de mi amiga "Alma que sueña". Esta foto está tomada en nuestra administración, en la que se desorganizaron los ficheros, palideció la tinta y se derritió el lacre. En los que estábamos presentes también fué fatal la *visión*. De ocho, cinco graves, y los demás... por los rincones.

. Vuestro, INCÓR-
DIEZ.
